

—Cierto: y desde entonces he pensado mas de cuatro veces en V., no figurándome nunca que pudiese ser Blanca la Estranjera aquella misteriosa figura que, gallarda y arrogante, se presentó en los salones, sembrando el espanto y la alarma en unos, la admiracion y el entusiasmo en otros.

—Pues era yo misma; aquí tiene V. aquel misterio desvanecido. ¡Cuántas quisieran verle tan claro!

—Y darian cualquier cosa, acaso lo que mas amasen en el mundo, por tener esta fortuna.

—Ya sé que al dia siguiente consultó á V. la marquesa.

—Es verdad; quiso aclarar sus dudas, ilustrándolas con mi pobre opinion, y le salió fallida su esperanza, porque, como si tuviera el presentimiento de su maldad, me complací en atormentarla acrecentando sus temores y las aterradoras supersticiones de su ánimo.

—Tambien lo sabía, dijo Blanca; y por último se despidieron Vds. con frialdad, acaso jurándose interiormente una aversion profunda.

—Permítame V. que la pregunte cómo ha sabido esta circunstancia.

—Tengo una muger que todo me lo cuenta.

—¿Entonces estará V. enterada de muchos secretos míos?

—De su vida entera y quizá de sus mas íntimos pensamientos.

—¡Oh! los misterios se multiplican en V.

—Para probarla la exactitud de mi aserto, voy á referir, si V. me lo permite, una historia.

—Con mucho gusto; veámosla: debe ser encantadora como todo lo que emana de V.

—¡Lisonjera!

—Hago justicia; en fin, la historia; estoy impaciente.

—A eso voy: era el 17 de Julio de 1834.

Guillermína, al escuchar esta fecha, de alegre y lisonjera que estaba, se tornó pálida y triste.

Blanca, estrechando una de sus manos con afectuoso cariño, continuó diciendo:

—La historia de este dia es para V. un drama fúnebre que mor-

tífica su corazón; estoy enterada de los crueles golpes que recibió, y no pretendo hablar de ellos; mi historia es relativa á otra familia.

—Prosiga V., dijo Guillermina exhalando un suspiro.

—¿En aquella época oyó V. hablar de la familia de D. Juan Alvarez Leal?

—Sí, repetidas veces; supe que murieron todos del cólera.

—¿Y quién apareció por universal heredero en el testamento de este infeliz señor?

—Don Severo Pintaroja; este suceso es conocido de todo el mundo.

—Es verdad; pero ignoran lo que yo puedo asegurar y probar con evidencia á la faz de la sociedad entera; que quedaron libres del contagio tres huérfanos, dos gemelas de pecho y un hermoso niño de dos años.

—¿Y será cierto?

—Tanto, que las pruebas están en poder de V.

—¿Acaso mis sobrinos!... exclamó la de Mendoza.

—Y la niña que ha recogido esta mañana moribunda, son los huérfanos de Alvarez Leal.

—¡Dios mio! ahora comprendo ese asombroso parecido.

—Lo que es preciso evitar que lo advierta fray Severo.

—¡Ya no tiene remedio! las ha visto.

—¡Estamos perdidos! él los persigue de muerte para seguir disfrutando su herencia, que adquirió merced á un testamento falso; esta mañana mismo ha cometido una tentativa de asesinato, poniendo yesca encendida en la oreja del caballo que montaba Renata.

—¡Qué horror!... ¡Y ese mónstruo vive en el mundo respetado!... ¡Y no hay tribunales que castiguen tantas infamias!...

—¡Ah! ¡pierda V. cuidado, que no quedarán sin castigo!...

—Pero V., señora, que siempre ha permanecido en la India, ¿cómo se halla enterada de estas circunstancias?

—Muy sencillo: mi tio fray Benigno, á quien V. conoce, salió de Madrid para las misiones ese dia fatal en que feneció toda la

familia de Alvarez Leal; la casualidad le hizo ser testigo de una conversacion, en la cual supo el asesinato del marqués de Blancarosa, del que fué cómplice tambien el mismo indigno personaje fray Severo, y escuchó el horrible proyecto que abrigaba éste de asesinar en aquella noche á los dos inocentes huérfanos. Mi tio necesitaba salir de Madrid, donde peligraba su vida por la cruel persecucion que sufrían los religiosos, y en su ansiedad por librarse y salvar á los niños, solo se le ocurrió ir á la casa, coger á los niños que estaban abandonados, pues hasta la nodriza que los cuidaba falleció en presencia de mi tio, y llevárselos á V. para que, adoptándolos por hijos, los librase de las garras del tigre de Pintaroja.

—¿Conque fray Benigno fué quien los puso en mis brazos?

—El mismo.

—Entonces me dará noticias de mi esposo; ¡quién lo hubiera sabido antes!....

—Efectivamente, me manifestó que Lúcas de Mendoza fué con él hasta el Brasil, donde le dejó para internarse en la India.

—¿Y no le volvió á ver? exclamó con ansiedad.

—¡Creo que no!.... Nada mas puedo decir á V.....

—¡Oh! ¡siempre esta cruel incertidumbre!....

Blanca miró á la hermosa jóven con lástima. Luego la preguntó:

—¿Será V. tan buena que ame todavia á un hombre que se portó tan indignamente con V.?

—No tengo tanta virtud, lo confieso.

—Cuando V. ame á otro y necesite la certeza de su muerte, acaso pueda yo proporcionarla algun dato.

—¡Qué dice V.!

—Que tengo medios para averiguar su muerte ó su existencia, si es que vive.

—¡Si supiera V. el tormento tan grande que es una vida como la mia!.... A veces me le figuro tan rendido, tan fino, tan amante como en los hermosos dias de nuestro amor, y le creo víctima de un asesinato aleve; entonces le prometo en el fondo de mi alma conservar su memoria en el fondo de mi pecho, sin serle perjura ni aun con el pensamiento. Hay tambien horas en que contemplo con

horror su perversidad, su traicion, su abandono; en que le veo feliz y placentero gozando en lejanos climas acaso con otra muger la dicha que para mí estaba destinada, y en estos instantes vuelvo la cabeza y veo á mis plantas un hombre que me adora y que daría su vida en cambio de mi amor..... ¡Ah!.... la tentacion es fuerte..... le alargaria la mano..... pero tiemblo á la sola idea de «acaso viva»..... y yo no quiero manchar mi conciencia con un perjurio.....

Guillermina, fatigada, pálida por la emocion, y quebrantada por tan penosos recuerdos, no pudo proseguir, inclinó la cabeza y dejó que de sus párpados se desprendiesen dos torrentes de lágrimas.

Blanca abrió los brazos y la recibió en su seno.

Ambas lloraban.

Al verlas estrechamente abrazadas, confundiendo sus lágrimas y sus suspiros, se hubiera creído que eran dos hermanas cuyo entrañable amor databa desde la cuna.



CAPÍTULO XVIII.

Confidencias.



MUCHAS lágrimas derramó Guillermina en el seno de aquella nueva y generosa amiga que la deparaba la Providencia. ¡Ay! era la primera vez que experimentaba semejante consuelo. Cuando alzó la cabeza, reflejábanse en su rostro una pura tranquilidad: había desahogado su corazón y no sufría tanto.

—¡Gracias, señora! exclamó con voz trémula por la emoción y enjugándose las lágrimas. Hace mucho tiempo que no había llorado; V. ha hecho brotar el llanto á mis ojos, proporcionándome un beneficio que le agradeceré toda mi vida.

—Si la amistad, si el tierno cariño que la profesó pueden servirla también de algún consuelo, la ruego vea en mí una amiga, una hermana que la compadece y la ama.

—Lo admito con placer;... nunca he disfrutado la dicha de tener un seno cariñoso donde reclinar mi frente; al hallar en V. esta felicidad inmensa, ¿cómo he de renunciarle? ¡Ah! no:.... seamos

hermanas; unámonos para el bien, y ayudándonos mutuamente, podremos llevar á debido término el castigo de esos miserables, procurando despues realizar nuestras esperanzas de ventura.

—Sí, querida mia, unámonos en un vínculo fraternal, y ambas reunidas, contando con la cooperacion de nobles y generosas almas que se asocien á nuestro proyecto, desempeñemos en el mundo el papel de la Providencia, llevando para unos corazones el bien y la paz; para otros el tormento y el castigo.

Aquí llegaban de su conversacion las dos damas, cuando el doctor y el conde del Olivo se presentaron en el salon, despues de haberse hecho anunciar por un criado.

Blanca esperaba sin duda esta visita, acaso prevenida por ella misma; puesto que sin hacer el mas mínimo ademan de sorpresa, sin echarse el velo del sombrero sobre la cara, á pesar de lo que se ocultaba para todo el mundo, permaneció descubierta, placentera, sonriendo y saludando al conde con inimitable finura.

Antes de proseguir, referiremos á nuestros lectores, para la debida inteligencia de los acontecimientos, la conversacion que tuvieron en el jardin el conde y el doctor.

—¿Me ha llamado V., amigo mio? dijo éste al del Olivo yendo á encontrarle en el banco de césped, donde aun permanecia cabizbajo y pensativo.

—Me he tomado esa libertad, que le ruego me dispense, contestó el conde exhalando un suspiro y llevándose al propio tiempo al pecho una mano como si hubiera sentido un dolor agudo.

El médico, á cuya penetracion nada se ocultaba, advirtió este movimiento, así como la profunda palidez y el ahogado suspiro del conde.

—Usted padece, le dijo mirándole de hito en hito; quizá por una indiferencia lamentable nos ha ocultado su enfermedad, sus dolores, y esté sufriendo demasiado.

—Sí, amigo doctor; esta mañana, al sujetar el caballo que conducia á esa pobre niña, nos arrojó á ella y á mí; yo fui á caer contra una piedra y recibí en el pecho un golpe tremendo, el que me ha ocasionado un vivo dolor que me atormenta mucho; sin em-

bargo, no ha sido con objeto de consultarle sobre esto para lo que me he tomado la libertad de llamarle.

—Pues debiera V. tomarlo con mas interés, porque esa caida es grave, se lo prevengo, y sus resultados pueden ser fatales.

—Tiempo hay de pensar en mí; ahora me preocupa otra cosa mas que mi salud.

—Diga V. mas bien que su vida; porque ese dolor es asunto de vida ó muerte; se lo digo con franqueza.

—¡Qué importa..... si esta triste vida que voy cruzando entre abrojos y sinsabores, ha llegado á serme insoportable!....

—Yo le juzgaba á V. feliz..... y hasta me atreveré á decirse-lo..... llegué á sospechar una dulce intimidad amorosa.....

—¿Con Guillermina?....

—Cierto; me gusta en todo la claridad.

El conde, en el ademan de un profundo dolor, habia dejado caer la cabeza sobre el pecho. Una lágrima rodó por su mejilla. El doctor acababa de tocar una de las fibras mas doloridas de su alma.

—¿Acaso me engaño? interrogó éste.

—Quizá su amistad de V. me inspira bastante confianza para no ocultarle la profunda pasion que Guillermina me ha inspirado..... mi amor es puro, inmenso, inestinguible..... ardiente; ha llegado casi á ser un delirio, un culto santo, una adoracion infinita..... ella lo sabe, no puede menos de saberlo porque lo vé en mis ojos, y sin embargo, este amor, que es mi esperanza, mi delicia, mi única dicha en la tierra, me conducirá á la tumba.

—¿Y por qué?... ¡si ella le ama á V.!....

—Hé ahí la causa; ella no me ama, murmuró el conde dejando caer otra vez la cabeza con abatimiento.

—¿Será posible!

—Sí, señor, y yo creo que la causa de su desden es porque aun despues de quince años guarda todavia en el fondo de su corazon el recuerdo de su esposo.

—¡No puede ser! la conducta de su marido le hizo indigno de

esa fidelidad increíble y que solo puede conservar el alma de un ángel.

—¿Y qué importa, si ella le amaba, y el verdadero amor tiene una venda en los ojos que oculta los defectos del objeto amado, presentando en su lugar relevantes cualidades?

—Pero al cabo de tanto tiempo..... las pasiones se enfrian.

—O se encienden mas, segun el grado de intensidad á que hayan llegado.

El doctor habia empezado á sentir una sensacion estraña. Hubiera querido encontrar culpable á su muger para retirarse de ella mas y mas, y la encontraba digna, casta y tan apasionada como en los primeros dias de su matrimonio. Tal creia segun el relato del conde: tal se lo figuraban ambos; engañándose sin embargo, porque Guillermina amaba al conde, si bien no estaba del todo estinguída la pasion que profesaba á su esposo.

—Y bien, conde, dijo el doctor; en este asunto puedo hacer algo por V.; ya sabe que puede contar con mi amistad.

—¡Mil gracias!... no es tampoco para esto para lo que necesito su eficácia; es para otro asunto no menos doloroso á mi corazon.

—Ahora voy comprendiendo su desgracia, al conocer el cúmulo de dolores físicos y morales que le abruma; en fin, veamos: disponga V. de mí como le plazca.

—Deseo adquirir la certidumbre de una duda que me acosa, y para ello necesito algunos datos que le suplico me preste.

—Con mucho gusto.

—¿Usted conoce á un jóven que habita en su misma casa?

—¿A Ildemaro Guanter?

—Ese es el nombre que lleva.

—Y que no le pertenece; ¿no es verdad?....

—Cierto. ¿Sabe V. la historia de su nacimiento?

—La sé á medias; me faltan algunos detalles para conocer el fondo.

—Lo propio me sucede á mí; ilustrémonos mutuamente; pero antes, permítame preguntarle si vive bajo su dependencia.

—No, señor; él y yo vivimos á la sombra de la noble proteccion de Blanca la Estranjera.

—¿Esa alta y poderosa señora protege á Ildemaro?....

—Sí, señor; y advierta V. que ella solo tiende la mano al mérito y á la virtud.

—¿Luego ese jóven es una persona estimable?....

—Es digno de la proteccion de un rey; su nobleza, su generosidad, su grandeza de alma y su inimitable talento le colocan muy alto, y sin duda alguna le señalarán un puesto distinguido entre las celebridades europeas.

—¡Tanto vale!.... murmuró el conde conmovido por aquellos elogios y diciendo en su interior: ¡Oh!.... sí, sí, debe ser mi hijo.

—¡Que si vale!.... ¿Quiere V. oír la condesa Blanca entusiasmada? háblele V. de Ildemaro; ella, desentendiéndose de su importuno fausto, ha descendido hasta él, y subiendo á la miserable buhardilla donde el infeliz agonizaba, arrancó con piadosa mano una víctima á la muerte y á la miseria, sacándole de la nada en que yacia, para elevarle á la altura que se merece por su talento y su genio.

—¡Oh! ¡bendita sea mil veces su sacrosanta caridad! La pobre familia que le habia adoptado por hijo, estaban á punto de perecer de hambre y hubieran muerto sin su generoso auxilio.....

—¡Oh! ¡Dios mio!.... ¡y yo que los habia olvidado!.... murmuró el conde en un tono casi imperceptible, pero que no se escapó á la suspicacia del doctor.

—Sí, señor, dijo; con harta crueldad abandonó V. ese pobre niño en sus brazos, y le ha olvidado despues.

—¿Luego sabe V. que mi nombre anda complicado en ese asunto? ¿y lo sabe tambien la condesa Blanca?....

—Lo sabemos ambos.

—Pero acaso al juzgarme culpable con demasiada ligereza, ignorarán que yo no tenia derecho para otra cosa, no estaba obligado á hacer mas de lo que hice, guiado solamente de un impulso caritativo por aquella muger liviana y sin corazon.

—¿Luego la madre de Ildemaro.....

—Era una muger perdida.

—¡Ah! ¡ya comprendo!...

—¿Vé V. ahora por qué yo queria buscar la certidumbre de una duda que me mortifica desde hace veintiun años, y que se ha vuelto á despertar pujante y vigorosa con la presencia de ese niño infeliz?

—Sí, señor; á V. le falta una prueba, un detalle cualquiera que le asegure la paternidad.

—Justo; y eso es lo que demandaba de V., que me ayude á investigar.

—Sin necesidad de profundizar mucho, á la vista hay una señal bien marcada, que yo no habia reparado hasta este momento, que le miro á V. con atencion.

—¿Y cuál es?

—Esa mancha roja que medio oculta entre el bigote tiene V. en el lábio superior; Ildemaro la lleva tambien; ¿no ha reparado V.?

—Y es verdad; ni he pensado en ello siquiera, dijo el conde llevándose la mano al bigote como para asegurarse de que estaba allí la mancha.

—Pues como esa, será fácil encontrar otras señales en su cuerpo; y además, el testimonio de la madre pudiera servir á V. de mucho; pues hoy no debe tener las razones que hace veintiun años para engañarle.

—Tiene V. razon; ese es mi último recurso.

El conde calló, quedándose pensativo.

El doctor tenia curiosidad por saber el nombre de la dama; no por él, á quien todo era indiferente, sino por Blanca, cuya noticia hubiera sido para ella de sumo interés. Esperaba que el conde se lo revelase; mas permaneció absorto en su pensamiento. Preguntárselo hubiera sido una indiscrecion; por eso callaron ambos, entregándose durante algunos instantes cada cual á sus íntimas meditaciones.

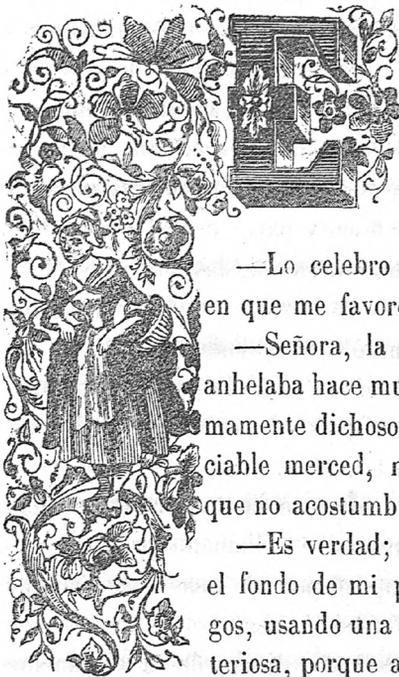
Pasados quince minutos, el conde se levantó. La confidencia estaba terminada, porque sin volver á decir una palabra de aquel asunto, exclamó:

- ¿Vamos á ver á la enferma, amigo doctor?
- Si me permite V., antes iremos á saludar á la señora de la casa.
- Tiene visita, segun creo.
- Sí; está con la condesa de Paraná, á la cual he prometido presentar á V., dijo el doctor levantándose tambien.
- ¡A mí!.... ¿quién es esa señora?
- Es por otro nombre Blanca la Estranjera.
- ¡Ah! exclamó el conde.
- Desea conocer á V., y al revelar le su verdadero nombre, le ruego el mas inviolable secreto.
- No saldrá de mis labios.
- Tal creo, porque V. es un caballero.
- Una palabra mas.....
- Diga V.
- ¿Blanca la Estranjera es la dama á quien acompañaban V. y fray Benigno cuando vinimos del Brasil?....
- Ella es; se ha cubierto con el velo del misterio porque necesita pagar una deuda.....
- ¿De amor ó de gratitud? interrumpió el conde.
- No, señor; de odio mas bien; tiene que castigar una infamia y vengar la muerte de un sér adorado de su corazon.
- ¿Es brasileña?....
- Sí, señor; escuso recomendar á V. el sigilo sobre mis palabras.
- Descuide V.; nuestra confidencia debe quedar oculta en el misterio. Ahora estoy á sus órdenes.
- Vamos pues, dijo el doctor enlazando su brazo al del conde y dirigiéndose al vestibulo.
- Instantes despues estaban en presencia de las dos hermosísimas damas.

CAPÍTULO XIX.



Continúa el anterior.



El doctor dijo á Blanca despues de los primeros cumplimientos:

—Señora condesa: tengo el gusto de presentar á V. á uno de mis mejores amigos, el señor conde del Olivo.

—Lo celebro infinito, y tendré sumo placer en que me favorezca con su amistad.

—Señora, la amistad de V. es honra que yo anhelaba hace mucho tiempo; y me considero sumamente dichoso por haber obtenido tan inapreciable merced, mucho mas de apreciar, cuanto que no acostumbra á prodigarla.

—Es verdad; hasta hoy he vivido retirada en el fondo de mi palacio, sin relaciones ni amigos, usando una conducta asaz enigmática y misteriosa, porque así convenia para el debido des-

arrollo de mi plan.

La condesa se detuvo mirando el efecto que producian sus palabras en el ánimo de sus nuevos amigos. Estos, que la miraban como á una divinidad, inclinaron la cabeza en demostracion de asentimiento.

Blanca, sonriendo, continuó de este modo:

—Porque han de saber Vds. que yo he venido de América animada por la idea, ó mas bien, por el incesante deseo de llevar á cabo un proyecto difícil de suyo y peligroso, porque consiste en arrancar la máscara con que encubren su criminal infamia cuatro malvados á quien se considera como personas ilustres y virtuosas y que sin embargo deberian estar arrastrando un grillete unas, y en el cadalso otras. Hé aquí, pues, desplegado ante los ojos de Vds. el misterio de mi vida.

—La confianza con que nos honra revelándonosle, nos hará vivir eternamente agradecidos á su bondad, dijo Guillermina.

El conde añadió:

—Y si para el desarrollo de ese plan, que aplaudo con entusiasmo, necesitase V. nuestra cooperacion, cuente con ella, en la seguridad de que nuestra influencia, nuestros esfuerzos, nuestros recursos, unido á una voluntad decidida, están á su disposicion.

—Mil gracias, se lo agradezco en el alma; y aunque dispongo de poderosos auxiliares, recordaré no obstante su promesa para en caso de necesidad. Ahora lo que deseo y para lo cual reclamo su ayuda, es para sacar á una paloma inocente de las garras del tigre que la aprisiona.

—¿Habla V. de Renata? preguntó la de Mendoza.

—Justamente; esa pobre niña perece, si no la prestamos amparo contra la adversidad que la persigue.

—¿Usted la conocia? preguntó el conde.

—Sí, como conozco á todas las almas nobles y virtuosas; como conozco á Ildemaro, ese genio superior, ese diamante precioso, doblegado tambien como Renata bajo el peso de una desgracia que no merecen, porque ambos son buenos y generosos y atesoran en su alma sublimes virtudes que les hacen dignos de la estimacion mas cordial.

El conde comprendió la idea que la condesa se llevaba al expresarse así; hubiera querido que la conversacion continuase en aquel terreno; pero hallábase Guillermina delante y no le convenia que por entonces pudiera penetrar ni remotamente los secretos de su

corazon. Calló por lo tanto, y sin interrumpir á la condesa, la dejó que continuase diciendo con una voz dulcísima y sonora:

—¿Pero qué digo? Vds. acaso no conocerán al jóven cuyas prendas ensalzo; hablemos de esa niña, pobre flor que vejeta lánguidamente asida al tronco de un cardo que acabará por deshojarla.

—No le ha faltado mucho esta mañana, dijo el doctor saliendo del extraño abatimiento que le dominaba, y al que solia entregarse con tanta frecuencia.

—Pero eso ha sido una crueldad digna del mas severo castigo, y que ha podido costar caro, no solo á ella, sino al conde tambien, que fué arrojado con furia por el animal que pretendia sujetar, dijo Guillermina.

—¿Tambien ha sufrido V.? dijo Blanca.

—Sí señora, un golpe tremendo; el caballo parecia acometido de una especie de locura.....

—Claro; como que llevaba fuego en la oreja, repuso el doctor.

—¿Qué dice V.! ¿será posible?....

—Ciertísimo; ese hipócrita viejo que ha visto V. tan compungido por el accidente ocurrido á la que él llama su sobrina, ha sido el ejecutor de tan magnífica hazaña.

—¡Oh! sí, digna de premio; ¿y qué objeto se llevaba?....

—El de matar á la niña cuyos bienes disfruta.

—¡Malvado! exclamó el conde.

—¡Y si tuviera ese solo crimen sobre su conciencia! dijo Blanca.

—¿Aun hay mas?

—Bastante; pero atendamos á lo principal.

—Usted dirá lo que se debe hacer; nosotros estamos prontos á secundar sus disposiciones, dijo Guillermina.

—Por de pronto es necesario ocultar esos niños; alejarlos de sitio á donde puedan llegar las influencias del fraile; despues adquirir pruebas, y una vez recogidas, entablar contra él una demanda en regla.

—Nadie mejor que fray Benigno puede auxiliarnos; ¿no los arrancó él del seno de su casa para depositarlos en mis brazos? dijo Guillermina.

—Sí; por eso le he mandado llamar y no debe tardar en venir; y en cuanto á Renata, se hizo cargo de ella y la ha tenido hasta poco tiempo hace un sugeto que ya trabajaba en mi favor; por consecuencia, espero que en breve estaremos libres de un enemigo.

—Y apropósito, hácia aquí se dirige, dijo Guillermina viendo á D. Severo atravesar el jardín.

—La del ruin de Roma, murmuró el doctor levantándose á mirar por el balcon qué direccion llevaba.

—Habrà despachado ya los negocios que le conducian á su quinta, añadió la de Mendoza.

—¡Buen pájaro está! los caudales de Alvarez Leal se emplean en pérfidos manejos y en conspiraciones en favor del partido carlista. Estas son otras pruebas que necesito adquirir para que, sino por un lado, por otro su perdicion sea cierta, y con él la de otros indignos personajes.

—Sube y se dirige al cuarto de la enferma, exclamó el doctor quitándose del balcon para mirar por la puerta.

—No quiero que me vea; y á esa pobre niña es preciso tambien evitarle el tormento de su presencia, dijo Blanca.

—Eso corre de mi cuenta, añadió el doctor saliendo.

Las dos señoras continuaron largo rato aun enterando al conde en todos los detalles de aquel drama terrible y misterioso, y acordando entre los tres los medios mas convenientes para llevar á cabo su pensamiento.

En tanto, el doctor se presentó en el cuarto de Zoa al mismo tiempo que D. Severo, y poniéndose delante, le dijo:

—La enferma no puede ver á nadie.

—¿Cómo que no..... si oigo en la alcoba las risas y las palabras de varias personas?

Efectivamente: los tres hermanos, llenos de alegría y dejándose llevar de sus impresiones, hablaban y reian con la cándida confianza de unos niños. Muy agenos en verdad de imaginarse que en la pieza inmediata tenian disputándose la entrada á su mas encarnizado enemigo y á su mas ardiente defensor.

—Sí, señor; pero esos la devuelven la salud y V. se la quita.

—¡Cómo! ¡Usted está loco! ¿Ignora que soy su tío?

—Sé los derechos que asisten á V., y por eso le prohíbo la entrada.

—¡Pues no lo comprendo! ¡es una cosa bien inconcebible!

—Mucho mas lo son otras, que aunque parecen muy ocultas, se saben al fin.

El fraile se puso pálido.

—¡El bribon de Tragabombas me ha perdido!... murmuró para sus adentros. Lo que me decia esta mañana era verdad sin duda, y yo, creyéndolo un nuevo medio para sacarme dinero, no le hice caso.

Como si el doctor hubiera adivinado su pensamiento, continuó diciendo:

—¡Esta niña necesita tranquilidad, porque el golpe de esta mañana ha sido funesto! ¡Oh! ¡era un plan diabólico y muy bien pensado!....

El fraile se puso mas pálido todavía y se dijo también para sus adentros:

—Pues esto no se lo ha dicho Tragabombas. ¿Quién será este maldito negro?

Luego, creyendo sacar mejor partido, varió de tono y dijo con cierta humildad:

—¿Y cuándo la podré ver? bien sabe cuanto la quiero y el interés que me tomo por su salud. ¡Oh! si no fuera por mí, ¡qué sería de ella!... la pobrecilla quedó huérfana casi al nacer, y desde entonces ha estado bajo mi amparo.

—¡Amparo noble y generoso!... ¿no es cierto? exclamó con irónico acento el doctor.

—Sin duda, señor mio, sin duda; mas, puesto que ahora descansaba, no insisto; voy á Madrid, y volveré despues con un coche á ver si se halla en disposicion de venirse conmigo; pues sentiria mucho que fuese molesta á la señora de Mendoza.

—Hará V. bien en volver con un coche, así se paseará V., dijo el doctor haciéndole con la mano una señal de despedida y en-

trándose en la alcoba de la enferma, mientras que el fraile bajaba cabizbajo la escalera. Al llegar éste al último tramo, distinguió una sombra entre la cortina que cubria la puerta de un salon; tenia necesariamente que pasar por allí; se detuvo un segundo; un cierto terror supersticioso detuvo su planta; empero, recobrándose inmediatamente, adelantó algunos pasos.

Levantó la cortina. En aquel momento Blanca se presentó delante de él.

—¡Tambien aquí la difunta marquesa! murmuró el fraile retrocediendo con terror.

La condesa, irguiéndose con una magestad suprema, le señaló hácia la puerta y exclamó:

—¡Sal de esta casa, y no vuelvas! Ten entendido que protejo á los tres huérfanos de Alvarez Leal, cuyos bienes disfrutas y de los que rendirás cuentas un día. Esta mañana pusiste yesca encendida en la oreja del caballo que Renata montaba; pero la Providencia la ha salvado, arrojando un crimen mas sobre tu conciencia. Huye, pues, huye, si no quieres que, además de mi sombra, te persiga la del marqués de Blancarosa, á quien asesinaste.

Blanca arrojó la cortina que tenia á su derecha sobre el rostro de fray Severo, aprovechando aquel momento para ocultarse sin que la viera.

En un gabinete inmediato la esperaban el conde y Guillermina, que al reunirse, rieron á carcajadas, viendo el espanto pintado en el demacrado rostro del fraile.

Sin detenerse siquiera á saludar á Guillermina, montó á caballo y partió hácia Madrid como una exhalacion.

A poco bajó tambien el doctor diciendo:

—Por ahora yo respondo de que no nos estorbará; lleva mas miedo que vergüenza.

—Dejemos el tiempo para que Renata se reponga, y lo demás no importa. Luego la trasladaremos á su palacio, con sus dos hermanos, y allí no llegarán los tiros de su maldad.

Despues de decir esto, Blanca se despidió del conde y de Guillermina, prometiendo verse con frecuencia; puesto que para ellos

estaba descorrido el velo del misterio que la ocultaba á los ojos del mundo.

El doctor la dejó marchar, siguiéndola media hora despues en el coche del conde del Olivo, acompañado de éste y de Ildemaro, que mientras las escenas anteriores, habian estado recorriendo los jardines.

Guillermina vió desde su balcon partir los coches uno tras otro, no perdiendo al último de vista hasta que se perdió tras un recodo del camino.

Entonces, dejándose caer en una butaca, escondió la cara entre las manos y se puso á reflexionar.

Sus pensamientos giraban sobre dos puntos, ó mejor dicho, tres; hélos aquí:

El antiguo amor que profesaba á su marido, y su recuerdo representado vivamente á su alma por las maneras, la figura y el continente del doctor.

La naciente pasion que el conde habia sabido despertar en su corazon, con la que luchaba y la que se arraigaba mas y mas por la idea de no ser correspondida.

Y últimamente, preocupábala mucho la historia de aquellos tres huérfanos interesantes y la de aquella noble dama que habia sabido granjearse en una sola visita su amor y su simpatía.



CAPITULO XX.

Una escena conyugal.



VANZABA el estío; los acontecimientos de nuestra historia avanzaban tambien con las estivales brisas, siguiendo su curso natural, siempre en progresivo desarrollo.

La marquesa de Blancarosa, desde la agitada y funesta escena que tuvo lugar en el gabinete de su hija, no habia salido de su casa. Retirada en su habitacion, no quiso ver á nadie, entregándose en la soledad á sus reflexiones y procurando estudiar el medio de salir triunfante de aquel cúmulo de males que se habian aglomerado sobre su cabeza.

Toda su vida pasada se desplegaba ante sus ojos, y no la estremecia tanto el considerar sus culpas, como el pensamiento de que, descubiertos sus crímenes, se desvaneciese su halagüeño presente y su dichoso porvenir.

Ella, hija de un pobre artesano, verse encumbrada al rango de marquesa; ocupar al aristocrático puesto que habia sido su sueño por espacio de tantos años; lugar que debia á sus crímenes, á su

conducta poco decorosa. ¡Oh! era una cosa horrible pensar que pudiera desaparecer aquella posición, aquel prestigio de su nombre, de su fortuna; y todo ¿por qué? porque á su madre se le antojara decir: «esa que veis tan encumbrada, tan orgullosa, con sus blasones, es la hija del sastre Adalberto Guanter.» Y por fin, aunque de humilde cuna, sería respetada por sus virtudes, por su intachable conducta; pero tampoco guardó tal influencia, porque Ildemaro era una prueba palpable de su liviandad, sin otras muchas que sus enemigos guardaban.

El marqués llegó á desconfiar; es verdad que uno á otro se miraron siempre con bastante desden; mas nunca llegó el caso de hablarse con claridad, de manifestar sin embozo sus pensamientos. Marchaban acordes, y al parecer, en buena armonía, como marchaban con fray Severo, porque hallábanse unidos con el lazo del crimen; lazo funesto, difícil de desatar y que les obligaba á soportarse unos á otros, teniéndose ciertas condescendencias por mas que se aborreciesen de muerte.

Cuando el marqués, siguiendo á su hija, penetró en los jardines de Blanca la Estranjera, volvió á su casa sombrío y cabizbajo, se encerró en su cuarto, donde permaneció muchos dias sin ver á nadie.

La marquesa, que tenia motivos poderosos para estar llena de zozobra, se alegró de aquella determinacion y permaneció en el suyo despues de haber querido, aunque inútilmente, averiguar el paradero de Tránsito. Solo supo lo que Clodomiro la comunicó, dejándola, si cabe, con mas dudas de las que tenia.

—¿Pero tú estás seguro, le habia dicho la marquesa á su hijo, que Tránsito ha quedado en el palacio de esa misteriosa Estranjera?

—Sí, mamá, puedo asegurártelo; y tan bien guardada, que sus centinelas son leones. ¡Oh! todavía tiemblo al recordar que pudieron devorarnos; lo que es yo, por mi parte, no vuelvo mas á esa casa, tenlo presente; aunque mi hermana permanezca allí toda la vida. Y luego los criados, que son otras fieras por el estilo, por poco nos apalean.

—Pues será preciso ir á buscar á tu hermana; el lance no ha de quedar así; ella ha faltado al decoro que se debe á sí propia y á su familia, y tiene que recibir el merecido castigo.

—Bien mirado, no es á ella á quien debemos castigar, sino á su infame seductor, el atrevido pintorcillo; y de éste yo me encargo; en cuanto le vea, ha de saber lo que vale el primogénito de Blancarosa.

—¿Osarias batirte con él? preguntó la marquesa aterrada por la idea de un duelo entre sus dos hijos.

—No sé.... eso corre de mi cuenta; no me preguntes, porque jamás me gusta comunicar á nadie mis proyectos antes de ponerlos en planta.

—¿Y no tengo yo derecho á saber lo que piensas en un caso tan grave?

—Es que yo ahora no pienso nada; cuando piense, te lo dire. Conque, déjame; tengo prisa, porque me esperan unos amigos para ir á los toros. ¿Tú no vas?

—¡Ay! no tengo humor para funciones; y bastante siento perder esta corrida.

—Debes sentirlo, porque allí se goza. ¡Oh! ¡es un espectáculo magnífico! todas las afecciones, todos los sentimientos se refunden en uno, pero palpable, fuerte, irresistible: el de la ansiedad, el del peligro; á cada momento estamos viendo á los hombres y á los caballos en las astas del toro, y aquella emociion, aquel irresistible deseo es una cosa deliciosa, porque hace estremecer nuestro sér, y el corazon palpita como no le hacen palpar los lances ordinarios de la vida.

—Precisamente eso mismo es lo que á mí me encanta, dijo la marquesa; vé, pues, y diviértete.

Los corazones crueles como el de la marquesa y el de su hijo, sentian del modo que acababan de espresar; conmovíanles lo que esta funcion tiene en sí de mas repugnate, y no pensaban en admirar la heroica lucha de la destreza con el pujante vigor de la fiera.

Por eso este espectáculo, al bueno, le hace malo, porque endu-